

MI EXPERIENCIA DE CONVERSIÓN

IVAN AUDINO

Ivan és un jove de 47 anys, advocat, natural de Nàpols, que un bon dia passant per Pompeia veié un cartell anunciant un recés al Montnegre. Des de llavors no ha deixat de relacionar-se amb els nostres grups.

“Antes de que yo te formara en el vientre de tu madre, ya te conocía” (Jr 1). Esta es mi primera experiencia. Yo vengo de una familia católica de costumbres mundanas, por lo tanto, la fe no se vivía en mi casa. Pero un día, cuando tenía doce años, por circunstancias de la vida, fui a visitar a mi prima que vivía a dos horas de donde vivía yo. Hacía tiempo que no la veía. Durante ese tiempo tuvo una conversión personal, tanto mi prima como su madre. Cuando fui a visitarlas, estaban recién convertidas y yo también estaba en el objetivo de ellas. Entonces se pasaron una semana hablándome de Dios. Dios era algo muy lejano para mí y no tenía ningún interés en conocerle. Para mí la Iglesia, las religiones... no constituían ningún atractivo.

Ellas hicieron una experiencia del amor de Dios en el movimiento carismático italiano. Llegó el día del encuentro carismático, en el que participaban cada semana. Yo decidí ir, más bien para después ir a tomar algo y pasarlo bien, pero sin ningún interés en la parte espiritual. Lo carismático, si no lo conoces, te asusta, y si no tienes ninguna relación con Dios puede llegar a ser un encuentro pragmático, porque puede dar mucho miedo y tomarlos por fanáticos. Esa fue mi impresión. Yo estaba allí en ese contexto, con gente que alababa, y me parecían todos muy raros. Lo único que esperaba es que aquello terminara pronto para poder ir con mi prima a tomar algo. Lo mío era una especie de enajenación: estaba allí pero no estaba

con la cabeza. Hasta que invocaron al Espíritu Santo. Yo hasta entonces no estaba concentrado en nada, solo estaba allí físicamente. Pero cuando invocaron al Espíritu Santo, aunque yo no aporté nada de mí, Dios tuvo misericordia de mí. Y ese fue el momento en que Dios estableció para manifestarse en mi corazón. Tuve una experiencia a nivel interior muy fuerte, que me llevó a llorar durante los siguientes cuarenta minutos. Y esto es una vergüenza terrible, porque no conocía a nadie, y no lo podía parar, pero la sensación era de gran amor. Yo sentí un fuerte calor en mi corazón que se expandía por todo mi cuerpo, que me llevó a llorar. Mi prima me decía: “No te preocupes, es un don del Espíritu Santo”. Pero para mí aquello era muy extraño. Pero sí que en aquel momento mi vida cambió. En aquel momento, aunque no estaba para nada abierto a Dios, Él se quiso mostrar a mí.

Y mi vida cambió, cambió muchísimo. Yo vengo de un pueblo muy pequeño. Y volví al pueblo donde a la misa iban tres señoras mayores: una rezaba el rosario, la otra atendía al cura y la otra estaba sentada. Y para mí, aún habiendo hecho experiencia del amor de Dios que me trajo un enorme gozo, la Iglesia era un poco limitada, y me parecía mal perder el buen nombre que tenía en el pueblo por participar en la misa con las viejas.

Pero Dios es muy grande, cuando decide tocarte el corazón, todo lo demás lo hace Él. Ésta era una iglesia donde el



cura ya era mayor, el cura de toda la vida, y de allí no lo movía nadie. Pero la verdad es que, después de un mes, cambiaron al cura. Llegó un cura del norte de Italia, que había tenido una conversión fuerte ya de adulto y se hizo cura a los cincuenta años, era carismático. Y lo primero que hizo fue crear en la iglesia el grupo carismático. Yo llegué de esa experiencia y después de un mes me encontré esa misma experiencia en mi iglesia. Fue de lo más maravilloso que pude vivir. Duró diez años, desde los doce a los veintidós años.

Esta experiencia fue extraordinariamente rica porque el Señor me llevó a Asís, y me llevó por aquí y por allí... De verdad se entregó completamente, se me dio a conocer, siempre más. Pero lo más importante es que mi contexto personal, familiar, era un contexto difícil, porque yo provengo de una familia compleja. Mi padre era el jefe de la Secreta de Nápoles, mi madre es del mundo de las empresas, y allí había ley y dinero. Esto era lo que mandaba en casa. El amor no era algo que se pudiera encontrar. Nosotros, como hijos, solo debíamos obedecer, estar callados y no molestar. No

crecí en un contexto de amor, pero Dios se encargó tanto de esta situación, que estos diez años, a pesar de que en mi familia pasaban situaciones muy difíciles de gestionar, yo seguía viviendo con gozo. Este es el dato más importante. Me pasó de todo, pero el gozo que Dios me dio en aquel encuentro, nadie me lo quitó.

A los veintidós años, después de esos diez años de maravilla espiritual de todo tipo, creces y te das cuenta de que tu realidad personal, lo que tú eres, choca con lo que es Dios. Más bien, choca con lo que es la voluntad de Dios. Dios quería que yo fuera por un sitio, pero mi vida, lo que yo sentía, me llevaba por otro camino. Eso duró dos años, desde los veintidós hasta los veinticuatro años. Fue una época muy convulsa en la que no sabía qué hacer, hasta que decidí a los veinticuatro años, que tenía que vivir. Agradecía mucho la experiencia que Dios me había dado pero yo tenía que hacer mi vida y no podía ser que me desarrollara dentro de la sociedad de manera diferente a los demás. No encajaba en la sociedad, y este era el problema más grande que yo tenía. Cuando estás en

tu contexto de Iglesia, con tus amiguitos de Iglesia, va bien, pero cuando estás en la universidad te das cuenta de que eres un pez fuera del agua. Y decidí cerrar con Dios, porque eran dos caminos completamente contrarios. Cuando yo le dije a Dios: "mira, lo siento pero nos divorciamos", sentí esto: "mira, ahora pongo delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal". Y yo escogí todo lo que no era Dios, convencido de que humanamente podía gestionar todo lo que esto conllevaba.

Y me metí en el mundo, con todas las dificultades, porque yo venía de un contexto que chocaba con el contexto en el que quería meterme. Yo no estaba bien en ningún sitio, pero quería estar en el mundo y entonces decidí adaptarme a la vida del mundo. Y esto duró como quince años. Quince años en los que descubrí el Dios escondido. Yo lo había abandonado, pero estaba en mí. Con los años, después conseguí ver cómo Dios ha estado presente siempre en mi vida, porque aunque yo le había cerrado la puerta, en todas las circunstancias de mi vida, que podían ser de las más peligrosas muchas veces, a nivel personal, en el contexto en el que me encontraba, porque por naturaleza soy muy curioso y me meto en muchas cosas, pero cuando llegaba el momento en que podía hacerme daño, había siempre algo dentro de mí que me decía que tenía que parar, y yo fundamentalmente paraba. En todo esto, después de quince años de vida en el mundo, me transformé. Tuve una primera transformación cuando era pequeño, en que Dios me cogió y me fue transformando. Y luego tuve la transformación del mundo. El mundo te pide unas cosas y tú tienes que estar allí para dárselas, porque si no, estás fuera. Y yo le di todo lo que me pedía. Y me dije: voy a probar la alegría y a gozar de mis placeres. Pero también esto resultó vacío.

Después de quince años en el mundo, no era un chico loco, porque en este tiempo me licencié, hice un máster, idiomas, me cambié de país... A nivel social, digamos que estaba muy bien posicionado. Trabajaba e iba de aquí para allí siempre tratando de dar resultados y responder a las expectativas que la sociedad me pedía. Pero eso me vació tanto... Yo pasé, fundamentalmente, de hacer la voluntad de Dios a hacer la voluntad del mundo. Y llegué a la conclusión de que tanto en un lado como en el otro, ¿yo dónde estaba? No entendía dónde estaba. Primero había entendido que tenía que hacer la voluntad de Dios, pero me había perdido. En la segunda, hacía la voluntad del mundo, pero tampoco eso me hizo feliz. La verdad es que me transformé en una persona con muchos defectos, con mucha arrogancia. A la persona que me conocía, le caía bien, no era mala persona, pero era profundamente egoísta. Todo debía de girar en torno a mí. Yo era el centro. Y todo era para que los demás, tanto los seres humanos como las cosas materiales, me dieran placer. Y en este mundo me perdí. Me perdí tanto que tuve un año horrible en el que me pasó de todo, y ese fue el año de gracia que Dios me dio, a pesar de las grandes pruebas que tuve que pasar, porque se me cerraron todas las puertas. Me fui a Londres, luego a Sicilia, volví a Barcelona... No sabía dónde ir. Era profundamente infeliz. Y lo había hecho todo. Nadie me podía decir que no había hecho cosas bien, pero dentro de mí estaba vacío, profundamente vacío. Y esto me llevó a la noche oscura, a la noche donde después de todo tan negativo, después de que todo se me cerrara, volví a abrirle la puerta a Dios, por necesidad. En todo este tiempo nunca puse en duda la existencia de Dios, porque la experiencia que tuve cuando era pequeño fue tan fuerte, que no tenía duda. Y en esos años me dije:

“Dios existe pero yo tengo que hacer mi camino”. En un momento de necesidad volví a clamar a Dios, porque no sabía dónde ir. Fue una noche muy dura. Lloré mucho. Y aquella noche le pedí a Dios que me diera respuestas. Y oí una voz muy suave en mi corazón, que lo único que me pedía fue: “reza”. Yo le dije: “yo rezo pero quiero seguir con mi vida, porque estoy convencido de que no hago nada malo, y no quiero volver a encerrarme en un mundo que está fuera del mundo. Quiero vivir en el mundo, quiero estar en el mundo y sin sentir el sentido de culpa”.

Quiero comentar esto del sentido de culpa. El sentimiento de culpa empecé a experimentarlo no en los primeros años en los que estaba en la Iglesia, donde la verdad es que todo fue gozo, gozo y gozo. Nunca sentí culpa. El sentido de culpa lo desarrollé en la sociedad, en esta sociedad que te lo demanda todo y te lo hace pagar todo. Allí desarrollé mi sentido de culpa. Y este sentido de culpa fue sanado después por el amor de Dios.

Aquella noche oscura llegué a un pacto con Dios, el Dios de los pactos: “Yo cambio, tú me ayudas”. Y Dios me contestó: “Tú reza”. Al principio tenía grandes dificultades. Después de quince años en el mundo no recordaba ni siquiera el Ave María. No recordaba nada. Para mí todo lo que había vivido desapareció por completo. Era como un sueño lejano que otra persona había vivido, pero no me pertenecía. Tuve que volver a recuperar del fondo de mi corazón, también de mi intelecto, toda aquella formación que yo había perdido por completo. Hubo un período inicial donde fue muy difícil para mí volver otra vez, porque seguía chocando con lo que Dios me pedía. Mi relación con Dios era una relación personal Tú y yo dentro de casa. Yo no quería ir a la Iglesia, porque antes de dejar el camino espiritual la Iglesia, de alguna manera, en mi cabeza,



me había fallado porque no me daba lo que yo andaba buscando, no me daba la razón. No me decía: “Tú vas por allí, no te preocupes, vas bien igual”. Me decía: “No vayas por aquí, tienes que cerrar. O vas por aquí o vas por allá”. Por eso la Iglesia para mí se transformó del lugar del amor en el lugar de los reproches, pero no de la parte de Dios, sino de lo que yo identificaba con la Iglesia.

Me costó mucho volver a la Iglesia. Pero cuando empecé a rezar, Dios entró en mi vida, y cuando Dios entra en tu vida te va diciendo lo que tienes que hacer, más bien te pone en el corazón necesidades espirituales. Volví a la Iglesia. Fue muy importante para mí. Volver otra vez a casa, a la Iglesia. Todos esos años fuera del camino espiritual no tenía casa. La

sensación que tenía era la de que no tenía casa. Claro, tenía una familia, tenía a mis amigos, pero era una sensación de abandono interior. Cuando volví a la Iglesia no fue fácil, porque no me encontré a personas que me acogieran. Y en aquel contexto, cuando vi que no me acogían, hasta me rechazaron porque fui a confesarme y ni siquiera me dieron la absolución, que para mí fue muy duro, porque me costó ir a la Iglesia a confesarme, pero pensé que era la cosa correcta para tener una relación madura con Dios. Esto fue muy duro. Te vienes abajo...

El descubrimiento más grande que he hecho en esta segunda conversión, lo que ha cambiado notablemente es mi relación con Dios, mi relación conmigo, con todo el entorno. Ha sido después de años. Los primeros años fueron muy duros, amaba a Dios, lo odiaba... pero no podía estar sin Él y me daba cuenta que Él actuaba en mi vida todos los días, Él participaba para que mi día a día fuera mejor, a pesar de que yo no aportaba nada sino un pequeño espacio de rezarle a lo largo del día, que con el tiempo fue creciendo.

Pero mi segunda conversión de verdad ha venido no hace mucho, cuando descubrí, después de años en los carismáticos, metido en todo, mi vocación esponsal y mi vocación de hijo. Cuando entendí, no solo con la cabeza, sino con el corazón, que el hecho de ser Iglesia me hace esposo de Cristo. Es una plenitud que no consigues obtener con lo que te ofrece el mundo. Cuando entendí que la relación entre el ser humano y Dios, por medio de la Iglesia, es una relación esponsal, y se hizo claridad en mi corazón, fue el primer momento en que sentí paz y empecé a no sentirme solo.

Pero el momento más grande de mi segunda conversión fue cuando sentí a Dios Padre. Cuando dejé la primera parte, era el Padre que nos había dado al Hijo que murió por nosotros, para que noso-

tros fuéramos salvados y perdonados de nuestros pecados. Pero la relación con el Padre, la relación paterno-filial, yo no la había considerado, no la había desarrollado a nivel espiritual.

Este año he tenido la suerte de hacer un camino espiritual con los jesuitas, los Ejercicios Espirituales de san Ignacio. Y en este camino espiritual, lo que de verdad he vivido es la relación paterno-filial con Dios. En aquel momento sentí: "Tú eres mi hijo amado, en quien me complazco". Pero no era de cabeza, era de corazón. Y esto fue lo que empezó a cambiar mi vida de verdad. Hasta que no descubrí a Dios como Padre, yo seguía como si algo me faltara. Cuando descubrí a Dios como Padre, de verdad llegué a casa, me encontré en casa. Encontré casa en Dios. Ya no estaba solo. Y esto ha sido lo más entusiasmante que he tenido en mi vida. Esto hace que cada día, independientemente de si lo haga bien o mal, de si le pongo un poco o mucho, independientemente de las circunstancias que pueden depender de mí o de los demás, me siento siempre acompañado y nunca juzgado por Dios. Porque Dios es profundamente Amor.

Y quiero acabar con una última cosa: "Yo digo al Señor: Tú eres mi Dios, no hay bien para mí fuera de ti. El Señor es el lote de mi heredad y mi copa. Mi suerte está en tu mano. Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad. Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con Él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás de la región de los muertos, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha". Esto es lo que sentí.